

ELOGIO
AL
RETRATO

DEL EXCELENTISSIMO

Señor don Manuel Alonso Perez de
Guzman el Bueno, Duque de Medi-
na Sidonia, Conde de Niebla, Mar-
ques de Caçaça en Africa, Capitan
General del mar Oceano, i Costas de
Andaluzia, Cauallero de la insigne
Orde del Tufon de Oro, del Consejo
de Estado, i guerra de su Magestad,
Gentil hombre de su
Camara &c.

*Dirigido al Ilustrissimo Señor Don Alonso
Perez de Guzman el Bueno, Arçobispo
de Tiro, Capellan, i Limosnero mayor de
su Magestad, i de su Consejo.*

AVTOR PEDRO ESPINOSA

Retor del Colegio de San Ilfon-
so, natural de la Ciudad
Antequera.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DON ALONSO PEREZ DE GUZ-
MAN EL BUENO, ARZOBISPO BE TIRO, CAPELLAN
Y LIMOSNERO MAYOR DE SU MAJESTAD, Y DE SU
CONSEJO &.^a

Guiado de la aguja de la fe con que siempre miré á V. S. Ilustrísima (á pesar del viento de las rocas y las aguas), he llegado, no menos rico de confianza que de joyas, al puerto de Bonanza de V. Ilustrísima, á hacerle entrega de su mismo tesoro; y aunque no acerté tan bien con el ingenio como con la obligación (que ninguna es tan grande ni tan mía), le suplico reciba su hacienda en custodia, y á mí en su gracia, pues no vale poco quien mereció servirle. Y á quien sabe tan bien conocer la riqueza que le ofrezco en las reales acciones del esclarecidísimo Duque su hermano (el cual ha hecho que parezcan tuyas), creo serán ociosos otros méritos, y que suplirá lo que la voluntad sobra cuanto en la elegancia falta. Beso la mano de V. Señoría Ilustrísima.

PEDRO ESPINOSA.

DON MIGUEL PÁEZ PONCE DE LEON

AL AUTOR

Tal del empeño salís,
Que en él á todos dejáis;
Pues cuando deudas pagáis,
Nuevo derecho adquirís.
Hoy en mármor esculpís
Para el siglo venidero
Un héroe (á todos primero),
Con tan perfetos perfiles,
Que es gloria haber sido Aquiles,
Cuando queréis ser Homero.

EL LICENCIADO PEDRO FERNÁNDEZ ORTIZ

AL AUTOR

Cifrar la mayor grandeza
En tan breve *Elogio*, Fabio,
Sólo pudo, sin agravio,
De tu pluma la agudeza.
Y así, viendo con destreza
Un César tal en tal suma,
No hallarán (aunque presuma
Buscarlo el mismo deseo),
Tu ingenio mayor empleo,
Ni su valor mejor pluma.

EL DOCTOR JUAN SIMÓN DE GARIBAY

PRESBITERO Y ABOGADO EN LA CIUDAD DE SANLÚCAR

AL AUTOR

Que animas bronce en papel,
Claro ingenio, el mundo sabe,
Pues gloria que en él no cabe
Cifras en poco laurel.

Las eternas hojas dél
 Me obligan á que presuma
 Que eres la Fama, y, en suma,
 Quiere deidad superior
 Que la Fama del *Mejor*
 Vuele con la mejor pluma.
 Si así cuanto inmortal bebe
 El silencio, al Guzmán cobras,
 Tanto le debe á tus obras
 Como á las suyas se debe.
 Que, aunque por quien es se mueve,
 Le logras por ti, en tu empleo;
 Y en un obrar y otro veo
 Que él pone en cada renglón
 Materia á la admiración,
 Y tú, leyes al deseo.

AL LETOR

Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, el del Puñal, fué adelantado mayor de la Frontera y rico hombre de Castilla, y como tal firmó el privilegio de Espejo, año de 1304. El rey don Sancho le hizo merced de las Almadrabas, por sus inmortales hechos en armas. En tiempo del rey don Fernando IV socorrió al infante don Enrique, tutor del Rey, cerca de Andújar, que estaba en peligro de muerte, cercado de moros. Defendió el Reino de los aragoneses, y hallóse en la toma de Gibraltar. Murió en la batalla de Gauhín, á manos de moros. Fué sepultado en San Isidro de Sevilla, año 1309.

Sucedióle en sus grandes estados don Juan Alonso de Guzmán, su hijo segundo, con título de Señor de Sanlúcar de Barrameda, por haber muerto los moros á don Pedro Alonso de Guzmán, su hermano mayor, año de 1293. Fué don Juan Alonso de Guzmán rico hombre de Castilla, como parece por el privilegio que el rey don Alonso el último dió á Badajoz de sus libertades, año 1326. Hallóse en el socorro de Gibraltar cuando la cercaron moros, y en la batalla de Villanueva de Barcarrota contra portugueses, donde ganó el estandarte real de aquel reino. Anduvo en las talas

de Ronda y Antequera. Peleó valerosamente contra el infante Abomelique.

Sucedió su hijo don Juan Alonso de Guzmán, segundo deste nombre, tercer señor de Sanlúcar, en el grande estado de su padre y abuelo. Casó con doña Beatriz, hija del rey don Enrique, hermano del rey don Pedro. Dióle en dote la villa de Niebla y su tierra, con título de Condado. Por este casamiento acrecentaron los señores desta casa en la orla del escudo castillos y leones de la color real. El rey su suegro le dió facultad en Carmona, año de 1371, para hacer vínculo y mayorazgo de los vasallos de su casa: Sanlúcar, Lepe, Redondela, Ayamonte, Bolaños, Algaba, Alaraz, Trebujena, Vejer, Chiclana, la Torre de Guzmán, Marchena, Puerto de Santa María, Medina Sidonia, Huelva, Santiponce, Almadrabas, Conil, Zara y otros que su abuelo el rey don Sancho le había dado á su abuelo y él había comprado. Murió este caballero en Sevilla año de 1393, quedando su hijo, y de la condesa doña Beatriz su mujer,

Don Enrique de Guzmán, segundo conde de Niebla, caballero de singular valor, como lo mostró en las guerras de Antequera, Setenil y Ronda, y en las talas del reino de Granada, con el rey don Juan el II. Casó con doña Teresa de Figueroa, hija de don Lorenzo de Figueroa, maestre de Santiago, y segunda vez, con doña Violante, hija del rey don Martín de Sicilia. Fué sobre Gibraltar (que se había perdido en tiempo del rey D. Alonso el último), con dos mil caballos y tres mil peones á su costa, donde se ahogó en una barca por favorecer á un caballero que se ahogaba.

Sucedióle don Juan Alonso de Guzmán, su hijo y de su mujer doña Teresa de Figueroa (señora de la villa y fortaleza de Escamilla), tercero conde de Niebla, primero duque de Medina Sidonia y primer duque en España, por privilegio del rey don Juan el II, su fecha en el Espinar de Segovia, y confirmado por el rey don Enrique III (1) en Madrid, año de 1406. Fué adelantado mayor de la frontera de Andalucía. Ganó á Gibraltar. Casó con doña María

(1) En la edición original, Enrique *Quarto*, por yerro.

de la Cerda, hija del tercero conde de Medina Celi. Fueron sus hijos don Enrique de Guzmán (que sucedió en el estado), don Pedro de Guzmán, que casó con doña María Manuel, hermana del Conde de Feria, [y] doña Teresa de Guzmán, que casó con don Pedro de Zúñiga y llevó en dote á Ayamonte, de donde descienden los duques de Béjar.

Don Enrique de Guzmán, segundo deste nombre y segundo duque, cuarto conde, se halló en todas las empresas de los Reyes Católicos; socorrió á Alhama, estando el Marqués de Cádiz cercado de los moros, olvidado de las enemistades pasadas, de lo cual maravillado el Marqués, dijo: «Bien parece, señor, que fuera guardada mi honra en las diferencias pasadas, si la fortuna me trajera á vuestras manos, pues me habéis librado de las ajenas.» A que respondió el Duque: «Enemistades ni amistades no han de ser parte para que los caballeros dejen de hacer lo que deben á Dios, á su honra y á su rey»; y de aquí quedaron amigos. Estando los Reyes sobre Málaga con grande necesidad, los socorrió con mucha gente, vituallas y dineros, y, agradeciéndoselo con encarecimiento los Reyes, estimándolo en más por haber ido en persona con su hijo sin ser avisado, respondió: «La necesidad de los reyes es la que llama á los caballeros.» Casó con doña Leonor de Rivera Mendoza, hija de don Perafán de Rivera, adelantado mayor de Andalucía, primero conde de los Molaes, en quien hubo á don Juan de Guzmán, tercer duque, quinto conde, que conquistó de los moros á Melilla y la villa y fortaleza de Cazaza, de la cual le dieron título de Marqués. Casó dos veces: una con doña Isabel de Velasco, hija del condestable don Pedro Fernández de Velasco, en quien hubo á don Enrique de Guzmán, que sucedió en la casa, y que casó con doña María Girón, hija del conde de Ureña, y á doña Leonor de Guzmán, mujer de don Jaime, cuarto duque de Berganza. A doña Mencía de Guzmán, mujer de don Pedro Girón, tercer conde de Ureña. Casó segunda vez con doña Leonor de Zúñiga, hija de don Pedro de Zúñiga y de doña Leonor de Zúñiga, su mujer, condes de Plasencia, señores de Béjar. Fueron sus hijos don Alonso Pérez de Guzmán, quinto duque, séptimo

conde, segundo marqués. Don Juan Alonso de Guzmán, que sucedió en la casa. Don Pedro de Guzmán, primero conde de Olivares. Doña Leonor de Guzmán, hija de ganancia, que fué mujer de Valencia de Benavides, hijo del señor de Javalquinto.

Don Juan Alonso de Guzmán, sexto duque, octavo conde, tercero marqués, casó con doña Ana de Aragón, nieta del Rey Católico. Cuyos hijos fueron don Juan Claros de Guzmán y doña Leonor Ana de Guzmán, duquesa de Osuna, y doña Ana de Aragón, que casó con don Iñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla, duque de Frías, de quien descienden los señores desta casa.

Don Juan Claros, nono conde de Niebla, casó con doña Leonor de Zúñiga, su prima hermana, hija de los duques de Béjar, condes de Belalcázar, cuyos hijos fueron don Alonso Pérez de Guzmán, que sucedió en la casa. Doña María de Guzmán, mujer de don Francisco de Zúñiga, que fué duque de Béjar.

Don Alonso Pérez de Guzmán, sétimo duque, décimo conde, cuarto marqués, sucedió mozo en estos estados (el más poderoso señor de Castilla, León, Aragón y Portugal). Sirvió al rey católico Filipo Segundo en todas las ocasiones de sus tiempos, y, estando nombrado por capitán general del estado de Lombardía, lo fué del armada contra Inglaterra. Fué de la Orden del Tusón. Casó con la señora doña Ana de Silva y Mendoza, hija de don Ruy Gómez de Silva, duque de Pastrana, príncipe de Ébuli, camarero mayor del rey católico Filipo Segundo, de su Consejo de Estado y Guerra. Tuvieron por hijos al excelentísimo señor don Juan Manuel Alonso Pérez de Guzmán, que heredó estos estados, y los goce muchos felices años. A don Felipe de Guzmán y Aragón, que casó con doña Antonia Portocarrero, hija mayor del Marqués de Alcalá. A don Rodrigo de Silva Mendoza, marqués de Saltés, que casó con doña Brianda Sarmiento de la Cerda, hija de don Francisco de Guzmán y Zúñiga, marqueses de Ayamonte. A don Alonso Pérez de Guzmán, arzobispo de Tiro, capellán y limosnero mayor de su Majestad. A don Miguel de Guzmán, que casó con hija heredera de Tello de Guzmán, sucesor del Conde de Vi-

llaverde, su padre. A don Juan Claros de Guzmán, gentil hombre de su Majestad, de su Cámara y llave dorada, y maese de campo. A doña Leonor Manrique de Sotomayor, duquesa de Pastrana, princesa de Ébuli, mujer de su primo hermano don Ruy Gómez de Silva, que hoy posee la casa y ducado de Pastrana.

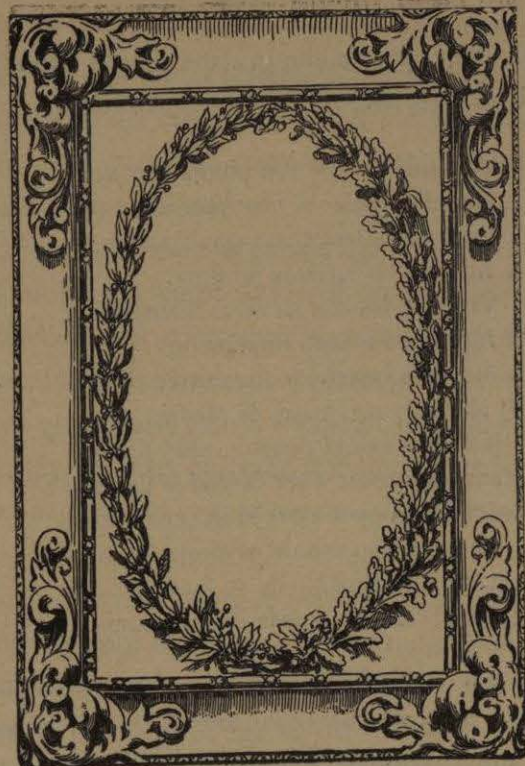
Nuestro Gran Duque casó con la excelentísima señora doña Juana de Sandoval y Rojas, hija de don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, y de la duquesa doña Catalina de la Cerda, su mujer. Tuvieron por hijos al excelentísimo señor don Gaspar de Guzmán, duodécimo conde de Niebla, que casó con la señora doña Ana de Guzmán, su tía, y al señor don Melchor de Guzmán, marqués de Villamanrique, y á la señora doña Luisa de Guzmán.

AL GRAN DUQUE

Si has apurado toda la alabanza
Y desplumado al mismo atrevimiento,
Doy por temeridad al ardimiento,
Si voz ni pluma á tu grandeza alcanza.
¿Qué espero donde es vicio la templanza
Y presunción el animoso aliento?
Ceda la diligencia al escarmiento;
No solicite engaños la esperanza.

No persuada el mar ondas ociosas
Acero y pluma que presume estrellas
Del cielo de Guzmán esclarecido.

Mas ¿qué? Sea ambición: que, en grandes cosas,
La gloria es cierta, aun sin salir con ellas,
Sólo en virtud de haberlas emprendido.



ELOGIO

ESTE que en el real semblante, sin ser antes visto, es luego conocido por gran señor (cuyos hermosos lineamientos y simetría corresponden á la grandeza que juntamente tiene y merece), es el octavo duque de Medina Sidonia, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán, último en tiempo y primero en valor, pues el glorioso título de *Bueno* heredó, y el de *Mejor* se ganó; que el primero fué gracia de su fortuna, y el segundo de su virtud; y si tal es lo que parece, ¿qué será lo que es? Pues se aventaja á Guzmán, con la diferencia que hay de *Bueno* á *Grande*; pues por sí es mayor, y cuanto mayor, más parecido á él, y más lejos de copiado del arte y la fatiga. Traslado á la Fama, á quien da todo cuanto tiene, con manos tan largas como ella; que el valor no lo es si no se muestra, ni la virtud, si no nace della misma; que el que

se alaba de su linaje, de lo ajeno se alaba: que es imposible ver con ojos ajenos. Uno, preciándose de fisonómico, dijo:

Vi á Amor volar con pluma jacintina,
 Á Neptuno hollar el mar sonante,
 Á Febo entre las Musas con discante,
 Á Adonis con luciente javalina.
 Vi á Alcides con su clava diamantina,
 Á Júpiter en Flegra fulminante,
 Á Mavorte vestido de diamante:
 Vi al excelente Duque de Medina.
 ¡Oh, larga edad penetre, edad florida,
 Mientras el cielo á ser deidad le llama,
 Brillando en poca estrella inmensa suma!
 Que, pues su espada es gloria de su vida,
 Sea su vida alimento de su fama;
 Vuele al cielo su espada con su pluma.

Con el supremo valor ha juntado la suprema inteligencia de las cosas, con que acrisola las resoluciones de sus consejeros. Es constante en sus determinaciones; que al príncipe mudable, á un mismo tiempo le desprecian y temen. En la provisión de los oficios no atiende tanto al lustre de las personas como á la virtud y suficiencia. Por enojo ni otra pasión no descubre los secretos consejos de su ánimo. Muestra que el buen gobierno consta de pocas leyes, bien ordenadas y entendidas, y que éstas son ociosas sin la ejecución. Que no hay buscar otro camino para llegar á la cumbre de la reputación sino la virtud. Y así, en primer lugar pone la conciencia, en segundo la honra, y en último la hacienda. Ha hecho tanto hábito del uso de los negocios, que le sirven de recreación. Es fuerte despreciador de los vanos rumores del vulgo; que éste presto acude con su opinión. Acaba por industria lo que no está bien por fuerza. Desea recibir aviso; que el inorante, ni pregunta, ni sabe. Y no por opinión, sino por saber, aprende; y así, sabe leyendo muchas veces en su ánimo lo que algunas en los libros; porque el saber que tienen éstos no es ciencia; sino la que se pega al entendimiento. Y antes, dice, quiere morir aprendiendo que ignorando (porque la más fea ignorancia es la del Príncipe); con que perfecciona lo natural con lo adquirido. Desprecia los ca-

minos desusados, y admite el consejo de los que acertaron. Procura sacar frutos de los errores ajenos. Hace más que promete; obra callando; oye, entiende, responde y satisface de repente á los razonamientos muy pensados.

Es de grande importancia la gallardía deste Señor para sustentar las cosas del Estado: como dueño de la milicia, sin relación de ministros, conoce de experiencia el número y valor de los ejércitos y armadas, los gastos forzosos y voluntarios, y, finalmente, es la llave de oro que abre el punto y dificultad de la guerra; y así, juzgamos al Rey católico por más dichoso por tener tal capitán general, que por pisar sus reales plantas toda la circunferencia de la bola.

Habita su alma en un albergue hermoso y alindado, de forma elegante, niña del amor de los ojos que no tiene. Lucido más que el sol. Brioso, cortés, bizarro, sosegado, airoso, liberal, discreto, afable, grave y comedido. Original del Cortesano que soñó el Conde de Castellón. Si danza en los saraos y festines, tantas mudanzas hace el Amor. Si justa ó tornea, ociosos son los jueces, y pocos los premios del aparador. Si juega cañas, dirás que juega lanzas: los bohordos no caen, ó caen muy tarde. Si corre toros, la gallardía es la corrida. Si hace mal á caballos, más mal hace á la invidia. Si desnuda la espada, impertinentes son los rayos de Júpiter: díganlo los teatros de comedias. Si habla, hace creíbles las sirenas de Homero. Si escribe, por alma de Cicerón lo admite Pitágoras; que la carta es imagen de su dueño. Si vuela halcones, dé tantos y tan puntuales criados se sirve en el cielo como en la tierra: tal, que, siendo conde, mereció título de cazador mayor de su Majestad; que primavera sin flor dice otoño sin fruto, y cuando no madura luego el agraz, tarde madura. Si tira, el vuelo de las aves es la misma obediencia de su pensamiento. Si montea, antes verás al monte fatigado. ¿Quién tan amigo de libros, pues ni aun á cazar sale sin los de Séneca? Que al muy aprovechado agrada Cicerón. Tanto ama las letras cuanto ellas le aprueban. ¿Quién tiene tan discreto gusto en pintura? Mira las galerías que ha labrado, tan ricas de espléndidos originales del Basano, Carducho,

Ticiano, Rafael, Tintoreto, Parmesano, Zúcaro y Barocio. ¿Quién de tan trascendido y acertado voto en música, pasmo de los maestros de capilla? ¿Quién tan universal y ejercitado en letras humanas? ¿Quién tan consumado en Geografía y Esfera? ¿Quién tan dulce y fácil en la Poesía? Que no es menos Fidias en barro que en marfil, ni cosa pequeña la que descubre la verdad. ¡Oh en todo excelentísimo, flor de la gala, custodia de la verdad, destierro de la afectación, escuela de las Musas y templo de las Gracias! Mientras olvidas el majestuoso dosel por el alegre Jardín (puerto de los cuidados), déjate hallar de rústica Flora, que te busca en estos descompuestos números:

PANEGIRICO

Tras la pelota arrojado,
Parecen los vientos cojos,
Pues siguiéndola mis ojos,
Ya tus pies la han alcanzado.
Antes que llegue has llegado,
Porque sólo á ti te igualas,
Aunque le prestas las alas
De su ligereza: á quien,
Duque, te acomodas bien,
Por lo que tiene de Palas.

Garza que los aires vive
(Mientras, en errantes juegos,
En sus diáfanos pliegos
Rasgos con su pluma escribe),
Con graznidos te recibe,
Y besa en regiones frías
La provisión que le envías,
Y obedece, no al halcón,
Sino al grillo de latón
Con que aprisionas sus días.

Cuando tras el corzo vuelas,
Morir quiere, y corre ufano,
Por endulzarte la mano
Con el tiro que nivelas.
Dulces de gloria cautelas,
Pues huye el honor que quiere,

Hasta que el dardo le hiere,
Y, sobre felpas de grama,
Pródigo el alma derrama,
Por la dicha con que muere.

Da el caballo testimonio
Del valor que en ti se encierra,
Pues en él hundes la tierra,
No cual su padre Favonio.
Bucéfalo macedonio,
Que como á imperio se ordena,
Huella, con desdén la arena,
Muerde con soberbia el oro;
Que aun en él mana el tesoro
De la mano que lo enfrena.

Cuando al gobierno y tropel
Se hurta en selvas tu lira,
Piensa que Apolo suspira
Y se estremece el laurel,
Mas, viendo que no eres él,
Tu frente ciñe contento,
Y, atando en duízura al viento,
Al verso que escandir usas,
Haces que olviden las Musas
La voz en el instrumento.

Al error tu acierto llega
Del plateado palomo,
Que encalla en sirtes de plomo,
Mientras los aires navega;
Mas, cuando armado en la vega,
Claro en ti mismo te ves,
Se ha visto que en su pavés
Se escondió Marte arrogante,
Y Neptuno, aunque menguante,
Creció á besarte los pies.

Condición tienes de río
En lo siempre liberal;
Que sienta el esmalte mal
Cuando no hinche vacío.
¡Oh Príncipe, dueño mío,
Asilo de mi esperanza,
No se ofenda tu templanza;
Porque, como al sol la luna,
Sigue al valor la fortuna
Y á la virtud ¡la! alabanza.

Dice Platón que es dichosa la república donde el que gobierna filosofa, ó el filósofo gobierna. Toda la filosofía moral y política, ética y económica, se halla en la boca deste Señor; que las palabras son imagen del ánimo, y la virtud sin doctrina, cal sin arena. Suele decir que

No hay honra sin virtud.
 Y que ésta, sin discreción, es vicio.
 Que el remedio de la injuria es el olvido.
 Que los que nos calumnian nos hacen recatados.
 La sospecha es veneno de la amistad.
 Los vicios peores son los que tienen color de virtud.
 No hay fiar de beso de agraviado.
 No se comienza la enmienda si el error no se conoce.
 Quien habla como muchos, siente como pocos.
 Muchos amigos, ningún amigo.
 Que cada cual se labra su fortuna.
 El que gobierna ha de ser mejor que sus súbditos.
 Nada se desprecia seguramente.
 El príncipe es ley que habla, y así, ha de ser conforme á ella;
 y entonces justamente manda cuando la obedece; y entonces es bien obedecido cuando es más señor de sí que de sus vasallos.
 Que la mejor medicina es el buen regimiento.
 Mal testigo es la pasión.
 Todo agüero es engaño.
 No estima el consejo el que no lo tiene.
 Ninguno mientras vive tiene fama segura.
 Cansarse de ser rogado arguye bajeza.
 Quien dice muchos años, dice muchas penas.
 La ciencia más fácil de aprender es hacer mal.
 Los criados son como capa de tafetán, que nunca se ajusta al cuerpo: en tocándoles murmuran; con cualquier viento se van, y así, han menester fiador.
 Que se ha de desear lo mejor, esperar lo peor y tomar lo que viniere.
 Al mundo más fácil es sufrir que remediar.

Que sólo el pobre oye la verdad.
 Que la honra se ha de merecer, y luego despreciar.
 Que no hay bien, mirado con malos ojos.
 No hay enemigo pequeño.
 Honra y pobreza, martirio sin corona.
 Harto mal tiene quien envidia bien ajeno.
 Que no sabe reinar quien no sabe disimular.
 No hay muro fuerte combatido con oro.
 Y que no hay que esperar mucho de hombre extremado.
 Así, que oímos deste prudentísimo Señor más sentencias que palabras. Esto nace de la amistad que tiene á los libros, pues ni aun á caza sale sin ellos.
 Juntemos, pues, ahora las manos con Minerva y las Gracias con las Musas, como dicen los griegos, y la ejecución á la doctrina; que las palabras prudentes no son del que las dice, ni del que las oye, sino del que las obra. Dé lugar la prudencia á la fortaleza; que más persuaden ejemplos que palabras. El año que cumplió veinte el Gran Duque, siendo conde, viniendo de Huelva á Sanlúcar en un barco que había traspuesto de otros tres que le seguían, halló una galeota de valientes piratas turcos. ¿Qué será bueno que ahora haga nuestro valeroso Príncipe? Porque se ve solo con seis criados, y algunos dellos músicos, lejos de los caballos que por la orilla le hacían escolta y de los barcos que le seguían, y el huir difícil y afrentoso? A gran cosa, gran consejo. Éste pidió apriesa el Conde; y, como el peligro intempestivo espanta al más valiente, todos á una respondieron que huyese y no se dejase engañar del ardimiento de su corazón; que la temeridad es reprehensible, aunque acierte; que la confianza fácilmente yerra; y que la mejor vitoria es asegurar la vida. Mas el Conde, gallardamente, respondió: «Amigos, mejor es morir acometiendo que huyendo. Con el atrevimiento se ríe la fortuna. Mucho hace quien hace lo que debe. Huir es imposible; posible el vencer. En sólo el morir no hay engaño. Hagamos fortaleza de la necesidad. Ea, pues, que el tiempo es poco y perdemos mucho. Acordáos que fama enferma nunca sana.» A esto respondió el arráz: «No